

de sus espaldas, aproximaba el rostro de Teresa á sus labios. Ella bajó la cabeza y ofreció la frente á aquel beso. El la retuvo contra su pecho, interrogándola con la mirada, algo sorprendido por su silencio. Ella se desprendió dulcemente, y con acento débil, dijo:

—Su proposición me ha dejado algo sorprendida, y es necesario que reflexione. No puede ser más lisonjera para mí, pero en lo que respecta á usted, podría ofrecer ciertos inconvenientes.

—¿Rehusarías tal vez? —interrumpió él con angustia.

Ella se asustó al ver su turbación:

—No, no. Yo no rehúso... Pero deseo hacer lo que más convenga á usted...

—Tú asegurarás por siempre la tranquilidad de mi vida... ¿Qué mejor cosa puedo desear? Teresa ¿tienes acaso alguna otra idea? ¿Me ocultas algo?

Ella vaciló en su respuesta. El rostro pálido de Mayrault acababa de aparecer ante sus ojos. Y se estremeció, presa entre su amor y su gratitud. Hubiera querido discutirlo consigo misma, pero le faltaba tiempo. No obstante, no quiso abandonar toda esperanza comprometiéndose definitivamente. Así es que, á la pregunta de Mels, á su expresión de inquietud, respondió sonriendo:

—¿Quién sabe si yo también guardo algún secreto?

—¿No querrás confiármelo? No debes ocultarme nada...

—No le ocultaré nada... Pero no se preocupe usted... No deseo más que su tranquilidad y su dicha... Esto no obsta para que yo medite sobre lo que acaba de decirme tan inesperado y tan capital para mí...

—Sí, reflexiona. Tengo confianza en tí... Consúltalo, si quieres... ¡Toma! con Celia y Ténéran...

Ella asintió con un gracioso movimiento de cabeza:

—Es lo que voy á hacer... Hasta luego, pues.

Y salió sonriendo, y corrió á refugiarse en su cuarto. Allí sus facciones se contrajeron y su rostro se oscureció á impulsos del más profundo dolor. El momento, anunciado por Celia, en que la situación de Teresa en casa de Mels se haría tan difícil, que le sería imposible continuar, había llegado. Al recordarlo le parecía oír aún á su amiga que le decía: «En mi casa hay un cuarto para ti. Allí, serás independiente, y viviremos una al lado de otra, trabajando.»

No podía imaginar entonces que pudiera hallarse nunca en la necesidad de recobrar su libertad. La existencia al lado de Mels, en la intimidad laboriosa del gran taller, le parecía tan dulce que deseaba no viniera nada á perturbarla. Pero la modificación de los sentimientos de Mels no dependía de ella. Por su

parte, estaba segura de que en nada había contribuido á enamorar á su maestro. No había sido ni coqueta, ni ligera. Y aquella manifestación tan imprevista, no podía dejar de sorprenderla.

Al llegar á este punto de sus reflexiones, meneó la cabeza. Sentóse al lado de la ventana y consideró su pasado. ¿Era en realidad una sorpresa para ella el saber que Mels la amaba? ¿No lo había sospechado ya en diferentes ocasiones? ¿No se lo había advertido Celia? Y porque Mels, retenido por una delicada reserva hacia ella que le estaba obligada, había sabido callar por largo tiempo, ¿era suficiente razón para poner en duda sus verdaderos sentimientos? Sí, aquella era la verdad, Mels había amado á Teresa, y si no se lo había dicho, era porque su dignidad se resistía á la idea de lograr por gratitud lo que le hubiera gustado obtener por amor.

¿El, Mels, representar el personaje de don Bartolo respecto á su pupila, cuando todos le reconocían las brillantes cualidades de un Al-maviva? No lo hubiera consentido por ningún concepto. Impúsose, pues, silencio, tanto por orgullo como por delicadeza. Entonces, ¿por qué se había decidido á hablar? Aquí, Teresa, con mucha penetración y ayudada por su cariño clarividente, entrevió la violenta agitación que se había producido en el espíritu de Mels.

No supo ver las ardientes huellas que la

maldad, la envidia y la injusticia habían impreso en el alma del artista. Pero comprendió su desfallecimiento, que estaba herido en lo más hondo, y que si una mano cariñosa no curaba las llagas que le atormentaban, era hombre acabado. Presa de una turbación cuya gravedad aumentaba por momentos merced á sus reflexiones, no pudo soportar un segundo más su soledad, y poniendo en obra el consejo que Mels mismo acababa de darle, se fué á casa de la señorita Bazin.

Celia vivía en la calle de Montmartre, en un cuarto piso fácil de reconocer por dosel de enredaderas que adorna el balcón. En aquel fresco y umbrío mirador sale á tomar el aire, cuando la literata está en casa, la cohorte de los perros. Apenas suena la campanilla, se oye en el interior del piso un alborotador ladrido. Es Anarco, el barbudo de la dueña, que da el grito de alarma.

En el mismo instante otros cinco ó seis perros contestan desde las profundidades del piso y el visitante es acogido por los ahullidos de una jauría. Si el recién llegado es un amigo de la casa, un segundo ladrido de Anarco, prevenido por su olfato, avisa á toda la banda, y en seguida los clamores de ira se truecan en gritos de alegría, y desde la puerta abierta multitud de patadas, lametones y gemidos afectuosos previenen á Celia que ha llegado un amigo, antes todavía de que la criada tenga tiempo de anunciarle.

Teresa era una de las preferidas por la banda canina, pues su aparición fué saludada por una verdadera diana, mientras que Anarco, tomando entre su boca la enguantada mano de la joven, y meneando la cola, la conducía ceremoniosamente al gabinete de Celia. La literata, sentada á su bufete, corregía, con su letra grande y clara, las pruebas de un artículo. Levantóse sonriendo y se dirigió á su amiga tendiéndole la mano. Dió una amigable palmada al perro de aguas que se metió debajo la mesa de trabajo, y conduciendo á Teresa hacia un canapé:

—¿Qué es lo que te trae tan de mañana?

—Grandes preocupaciones.

—¿A causa de Mels?

—No á causa de Mels,—dijo la joven, bajando tristemente la pálida cabeza.—Pero, lo que es más grave aun, con Mels.

—Cuenta, cuenta.

Tomó un cigarrillo, lo encendió, y fumando á pequeñas bocanadas, oyó con grave atención las confidencias de Teresa. Al terminar la relación, reinó silencio. Celia, contra su costumbre, no hizo una sola observación mientras hablaba su amiga. En su cara se pintaba la indecisión. Y ella, tan rápida en la exposición de sus ideas, parecía retardar el momento de explicarse. Por fin, con un movimiento breve, pareció que tomaba una resolución, y volviéndose á Teresa:

—Tú no podías evitar esta crisis. Estaba

prevista. Yo te lo había advertido directamente, hace tiempo. Pero entonces era bañarse en agua de rosas. Hoy en el vitriolo. Entonces no estaba Mayrault de por medio. No había más que Mels. Eras perfectamente libre de tus acciones. Mientras que ahora, te ves envuelta en un enjambre de escrúpulos creados por la sensiblería burguesa que infecta la sociedad, y no sabes por dónde volverte.

—Por eso vengo á pedirte consejo.

—¡Ah! ¡qué cómodo es eso! Nunca tomamos otra determinación que la de nuestro temperamento nos dicta, y para ser sensatos debemos aconsejar á las personas según su propio temperamento... Yo ya sé lo que haría en semejante caso... Pero ¿sé por ventura lo que eres capaz de hacer?

—¿Qué harías tú?

—¡Oh! ¡es muy sencillo! Lo que hubiera hecho tiempo ha. Me hubiera casado con Mels...

—¿Sin amarle?

—¿Cómo se entiende sin amarle? Le habría amado... ¡Y bien lo merece!

—Esas son cosas que no se razonan...

—Tú, ya lo sé. Tú eres una sentimental. No eres una intelectual. Tus impresiones no proceden del cerebro. Te vienen del corazón. ¡Ah! tú estás en lo cierto, desde el punto de vista de la naturaleza. Sientes, no razonas. No hay duda que, casándote con Mels, sacrificarías algunos goces tan triviales como

breves. No podrías abandonarte durante uno ó dos años—ya ves que te lo fío largo—entre torrentes de pasión. ¡Pero qué segura existencia te conquistarías! Mels es rico, Mels es bueno, Mels tiene una gran posición artística. Podrías tener la certidumbre de que te haría feliz y que con él vivirías con envidiable tranquilidad... ¡Ah! ¡esto merece pensarse!

—Ya sabes lo que te he dicho otra vez, respecto á la situación que un casamiento conmigo le crearía...

—Las circunstancias han cambiado. Teresa, la pequeña modelo recogida por el maestro, se ha convertido en pocos años en la señorita Aufridi, artista estimada, renombrada y que vende sus obras. Tú no debes nada á nadie, hija mía. Eres la autora de *la señora del guante* que está en la galería del Luxemburgo. Las hermosas damas de la aristocracia te escogen para que traces sobre la tela sus caras pretensiosas y compuestas... ¡Digo! Y cualquier día te van á dar la cruz, como á Rosa Bonheur... No debes, pues, preocuparte de lo que pensaría el público de tu casamiento con Mels... ¡Todo el honor sería suyo! Se ha visto á algunos millonarios casarse con mujeres retratistas. La tradición, pues, está establecida de hecho. Y como en tus salones se estaría bien, y tendrías una buena mesa, al menos así lo creo, muchas de las personas que no saben donde pasar las vela-

das inundarían tu casa, y figurarías en las descripciones de los periódicos mundanos, en el capítulo «Salones». Y el Instituto no diría esta boca es mía, yo te lo aseguro. Por consiguiente, dejemos á un lado vanos temores. Tú eres un partido muy ventajoso para Mels. Y, dicho entre nosotras, eres mucho menos á propósito para Mayrault...

Teresa se removi6 en el canapé, al lado de Celia. Frunció las cejas y se puso colorada. Y con voz un tanto ronca por la violencia que se hacía, dijo:

—¿Por qué?

—¡Ah! ¿por qué? ¡Y tú me lo preguntas! En primer lugar porque Daniel tiene tu misma edad ó poco más. Veintisiete años. Tú veinticinco... Por ahora no se nota, pero ¿y de aquí á diez años? El joven maestro tendrá treinta y siete y será más joven que nunca. Y tú, amiguita, tú correrás á grande velocidad hacia los cuarenta. Y entonces, pobre amiga mía, empezarás á sufrir la ruda prueba de los salones, viendo como las bellas señoras, del género de la condesa de Terrenoire coronarán al grande, al ilustrado Mayrault. Si le acompañas ¿qué papel harás en aquellos ambientes artificiales donde todo te disgustará y nada podrá gustarte? Parecerá que acompañas á tu grande hombre. ¿Te quedas en casa? Peor; porque mientras él estará mariposeando por las grandes reuniones, se te freirá la sangre... Me contestarás que te ocu-

rrirá lo que á todas las mujeres, ya sea que se queden en casa ó que frecuenten la sociedad. No lo creas, no. Tu situación será muy diferente de la de una mujer cualquiera. Tú, tendrás tu renombre personal, que llamará sobre ti especial atención, y dará á todo cuanto te concierna particular resonancia. Una mujer célebre no puede ser engañada trivial y tranquilamente como una mujer obscura, y una esposa ordinaria no es objeto de burla como lo sería la compañera notable de un hombre célebre. El cristal de aumento de la notoriedad daría á todo cuanto pudiera sucederte una importancia que centuplicaría en ti la contrariedad ó el dolor. En nuestra sociedad no se es ilustre impunemente. Y la gente incolora y desabrida, que compone la masa estúpida, se encarga de hacerte pagar, si se presenta ocasión, todas las pequeñas ventajas de una posición privilegiada. Y nota, hija mía, que no he tratado más que un aspecto de la cuestión, el personal tuyo. ¿Quieres que analice la situación que se creará Mayrault, y las consecuencias que podrá acarrearos á ti y á él?

Teresa, esta vez, la interrumpió con aspreza.

—Deja de desilusionarme. Tu espíritu crítico lo ha secado todo en mi cerebro. Tú no crees en nada: ni en el amor, ni en la fidelidad, ni en el desinterés. Hasta ahora no me has hablado más que de ventajas materiales,

no has visto más que decepciones. ¿He venido, acaso, á hablarte de negocios? ¡Lo que me ocupa es mi amor! Daniel me ama. ¡Esto es lo que me importa! Y mi único pensamiento es el evitarle que sufra. ¡Lo que yo arriesgue no me importa un bledo!

—¡Esto es la pasión á grande orquesta! ¿Qué quieres que te responda? Me haces el efecto de uno á quien se dijera: «Vaya con cuidado, usted toma la ventana por la puerta, y se va á caer desde el cuarto piso á la calle.» Y que contestara: «¡No importa! Durante los cinco segundos que duré mi caída por el espacio sentiré una deliciosa impresión de frescura. Después, venga lo que venga.» La pasión, mi buena Teresa, es lo accidental en la vida. En nombre del cielo, no nos ocupemos en las cosas excepcionales. Permanezcamos en la regla general, esto es, en el justo medio de la dicha tranquila y vulgar. No se puede agarrar el cielo con las manos. Los éxtasis tienen un límite, los delirios un término. Después hay que recobrar el aplomo y vivir como todo el mundo. Y este período es el principal de la existencia.

—¿Quién puede asegurar que Mayrault no me dé la más segura y completa felicidad?

—Nadie. Es perfectamente posible. Sin embargo, las probabilidades son menores que con Mels.

—Pero yo no puedo retractarme del compromiso que he contraído con Mayrault.

—Entonces, si estás comprometida, ¿á qué has venido?

—¡Ah! ¡ya lo sabes!—exclamó Teresa, cuyo rostro se cubrió de lágrimas en un instante. Tú conoces lo que siento por Mels, y la angustia que me ocasiona el pensar que he de darle pena. ¿Habrá condición más dura que la mía? Por cualquier lado que me vuelva encuentro obstáculos infranqueables. Aquí me retiene mi profundo afecto, allí me arrastra mi amor. ¡Y si cedo al uno ó al otro me expongo á hacer sufrir á seres queridos sin culpa mía!

—En este caso, hija mía, nos encontramos ante otro aspecto de la cuestión. Hasta aquí, sólo nos hemos ocupado de ti. Ahora nos ocupamos de los demás. Pues bien, hemos de adoptar idéntica sinceridad. Si se casa Mayrault en los comienzos de su carrera, en el momento que más necesidad tiene de desarrollar la riqueza de su temperamento y la fantasía de su imaginación, cometerá la más insigne locura. Amantes, cuantas quiera. ¡Esposa nunca!

—¡Celia!

—No me acuses de inmoralidad. Tú eres demasiado inteligente para que no me comprendas. No hay que poner el puchero conyugal en las garras del águila, si no se quiere dificultar su vuelo. Un artista joven, ardiente, necesita de libertad para trabajar. Una casa, una esposa, hijos... La obligación de ganar

dinero, para que viva esa pequeña familia, es la muerte de la inspiración. El artista debe ir adelante con la fuerza de su independencia. Si no, no progresa. ¡Y en el sendero del éxito, el que no progresa, retrocede!

—¡Ah! ¡siempre la ambición; siempre el éxito; nunca la dicha! En todas las concepciones de la vida haces intervenir la inteligencia, nunca el corazón. ¿Es que te sientes incapaz de amar, cuando rehusas á los demás el derecho al amor? Y si tal es tu inferioridad respecto de los demás seres, ¿por qué la sientas como principio y pretendes subordinar todas las acciones humanas?

Celia sonrió. Tomó un cigarrillo, lo encendió y mirando á su amiga con ojos bondadosos.

—¿Tú te enfadas, mi buena Teresa? Tienes razón. Es muy cierto que yo, por efecto de una inferioridad natural ó de un perfeccionamiento moral, siento un grave desdén por esa fiebre, siempre violenta, con frecuencia peligrosa, que llaman amor. Nunca he sentido su necesidad y la combato con gusto cuando se trata de los demás. Después, no se acostumbra uno impunemente á pastelear en los periódicos. Esto vicia la imaginación y nos hace paradójicos. Tú me pides un consejo y yo te doy un artículo. Soy una tonta, perdóname; veamos las cosas por el lado más simple. Tú estás enamorada de un muchacho que te ama. El problema se reduce, pues, á

los límites de lo puramente físico. La atracción que sientes es lo bastante poderosa para hacerte despreciar todas las dificultades que te acabo de señalar y que son muy reales, puedes creerme, y nada imaginarias. A ti te toca decidir. Nadie puede resolverlo en tu lugar. Y en cada mano tienes la suerte de un hombre. Según te decidas por una u otra solución, Mels será dichoso ó desgraciado. Y Mayrault... ¡Bah! querida, permíteme que no te hable de Mayrault. Ya sabes cuánto le estimo y le quiero. Pero no deseo hacerte llorar otra vez. Y sería completamente inútil.

—¿ Me ocultas algo, quizás?

—¿ Yo? ¡Nada! ¡Palabra de honor! Mayrault es libre. Me consta que la señora de Terrenoire le ha acosado, con la orgullosa desenvoltura de una gran dama que hace á un miserable artista sobrado honor dignándose encapricharse por él. No ignoras que ha sido acogida con la más completa frialdad, hasta el punto de que Mayrault no ha querido hacer el retrato de la hermosa, y no sin ironía, te lo mando hacer á ti, rindiendo homenaje á tu talento y dándote además una prueba de su lealtad. Esa mujer infame ha sido causa principal de las contrariedades de Mels á propósito de la decoración del nuevo palacio. Ha removido cielo y tierra para retardar el juicio y anular el concurso. Toda su mundana camarilla se ha lanzado contra el ministro, quien atropellado por la mayoría



de la Cámara, ensordecido por el Consejo superior de Bellas Artes, y enloquecido por las recomendaciones de las grandes damas, ha perdido completamente la cabeza. Y en medio de ese caos artístico mundano parlamentario, sólo un hombre conserva su calma imperturbable, y es el héroe de la aventura, Mayrault mismo, que encerrado en su casita de Montmartre, se cierne sobre París dispuesto á escamotearlo como una bolita. ¿Y pretendes te aconseje que te cases con ese muchacho, envuelto en su magnífica indiferencia de artista genial, atento únicamente á su obra y no pensando más que en ella? Teresa, aun me queda bastante sentido común para permitirte que cometas esa tontería. Tú eres libre, á nadie debes rendir cuentas de tu conducta. ¡Amale, si no puedes evitarlo, pero no te cases con él!

—¿Cómo! ¿De modo que me incitas á que sea su amante?

—Su compañera, su amiga, su confidente, su consuelo, si sufre contrariedades artísticas ó penas de amor. Su mujer ¡jamás! Permaneced libres uno y otro. Será preferible á que os caséis, para ser, si la ocasión lo trae, un mal matrimonio, unos desgraciados y ¿quién sabe? para que lleguéis tal vez al divorcio, esa vil capitulación, esa vulgar confesión de insuficiencia de todos los esposos mal avenidos.

—¿Entonces, te consideras feliz, Celia, vi-

viendo sola é indiferente?—preguntó Teresa suspirando.

—Me juzgo dichosa, porque soy dueña de mi vida. ¿Pero dónde has visto mi indiferencia? Amo á los animales, me apasiono por los desgraciados, combato todos los abusos y fustigo todas las injusticias. ¡Indiferente! Todo me interesa: ¡lo bello, lo bueno, lo grande! ¡Ah! Teresa, no hay goce más completo que el que proviene del dominio de la imaginación. Fuera errores, fuera decepciones. Todo es absoluto. He tenido la dicha de hacer subir mi sexo á mi cerebro. ¡No hay cosa más segura! Pero, mi pobre niña, te hablo como Diógenes hubiera podido hacerlo con una hermosa y enamorada ateniense para quien el amor era el primero de los bienes. Y ¡ay! hago mal. Si soy así, es sin duda porque no he encontrado al hombre que hubiera podido hacer de mí una mujer, despertando mi corazón. Yo me ensalzo, y tal vez soy una criatura inferior y despreciable. Porque, en suma, ¿qué puede ser una mujer que no tenga nada de mujer, ni sensibilidad, ni debilidad, ni dulzura? Una especie de monstruo. Vete pues, cumple tu destino, que es amar y sufrir. Yo desdeño los sentimientos que te mueven, porque soy incapaz de sentirlos. Y aun cuando voy al encuentro de la razón natural, no tengo motivos para enorgullecerme, y es muy probable que seas tú quien siga el buen camino. No te acuerdes,

pues, de nada de lo que te he dicho, si no es de mi profundo cariño, y ten la convicción de que si me necesitas, en cualquier contingencia, me hallarás siempre dispuesta á servirte.

—Gracias, Celia. Esto ya lo sabía. Pero de aquí no me llevo el consuelo que vine á buscar.

—¡Ah! querida niña, tú has venido á pedir á un filósofo la fórmula de la felicidad, cuando para poseerla no habías de hacer más que consultar tu corazón. Todo lo que pueda decirte no prevalecerá sobre tu instinto de mujer. Síguele pues. ¡Y buena fortuna! Bien mirado todo es casualidad en la vida.

Levantáronse y fueron á asomarse al emparrado balcón que, desde la altura del cuarto piso, dominaba la calle de Croissant, en donde el movimiento de los vendedores de periódicos que pululaban por las tabernas y la permanencia de los carromatos cargados de papel, en la puerta de las imprentas, ofrecía ya su ordinaria animación. Algunos tipógrafos con la blusa manchada de tinta, hablaban y fumaban, paseándose arriba y abajo de la acera para esperar la hora del trabajo. Los pesados ómnibus que se dirigían á los mercados, hacían retemblar el empedrado, y un verdadero río de transeuntes desfilaba hacia el bulevar. Las dos amigas miraban silenciosamente el animado cuadro de vida laboriosa que se agita en aquel rincón de París.

Celia, después de dejar correr por unos instantes su fantasía, señalando á Teresa las muestras de cinco ó seis grandes diarios que se destacaban en las fachadas de las casas, dijo:

—Mira. En cada una de esas hojas que se tiran por millares, insignes escritores sostienen las más opuestas opiniones. Todos tienen lectores y partidarios. ¿Cuáles tienen razón? Sólo el porvenir podrá decirlo con bastante exactitud. ¿Por qué hemos de pretender estar más seguras de una verdad individual, que esos hombres de una verdad general? La vida procede ciegamente aun para aquellos que pretenden, y algunas veces con motivo, ver claro.

Y ambas se sonrieron. Teresa dejó el balcón lentamente, volvió al gabinete de trabajo, y como hojeara distraídamente con el dedo las pruebas que Celia estaba corrigiendo á su llegada:

—Esto es lo único que no engaña nunca ¿ves Teresita mía? El trabajo. Sean las que quieran las contingencias de nuestra vida, mientras podamos, yo sostener la pluma, tú servirte del pincel, nos quedará aún la suerte de bastarnos á nosotras mismas.

Teresa palideció y frunciéronse sus cejas. En un momento acababa Celia de evocar involuntariamente ante su vista la dolorosa imagen de Mels, absorto en la duda, abandonado por sus facultades creadoras y pidiendo á su

discípula, con acento suplicante, que no le dejara. Según la fórmula de Celia no había ninguna esperanza de salvación para él. No le quedaba más que echarse vivo en su tumba.

La joven exhaló un hondo suspiro y más indecisa aun que á su llegada, sin haber podido dilucidar mejor sus dudas, besó á su amiga y se alejó.

